

JOSÉ CALVO GONZÁLEZ

DE LA LEY
¿O SERÁ FICCIÓN?

Marcial Pons

MADRID | BARCELONA | BUENOS AIRES | SÃO PAULO

2016

Exposición de Motivos

Toda Exposición de Motivos está *delante de la Ley*. Es atrio y exordio, mas introito que no interna la Ley, y es así algo que se queda a sus puertas y por eso expuesta al desabrigo de la Ley. *Ad portas legis*, pero *ante portas*.

La Exposición de Motivos es el Pórtico de la Gloria a la Ley, ésta siempre también más allá, más en adelante. Y lo que está antes de la Ley es *extra legem*, fuera de la Ley; es el afuera aun si inmediato a ella, es extramuros, intemperie, es el exterior de la Ley y sólo así forma parte de ella. En los murallones de la Ley hay una puerta que, incluso si magnífica y permaneciendo siempre abierta, separa y aparta de ella.

La puerta de Exposición de Motivos que está delante de la Ley o es una aporía o es una impostura. Ésta lo es.

* * *

En el relato kafkiano *Vor dem Gesetz* una puerta se sitúa al frente de la Ley; es entrada a la Ley que, aunque abierta de par en par, sin embargo no traspone directamente al interior de la Ley. Aquella puerta tampoco es de paso expedito; permanece vigilada por un centinela sin relevo, trasfigurado con el tiempo en parte apenas indistinta de la puerta. Ante a la Ley, en presencia de la Ley, su guardián, su custodio, flanquea el acceso. La puerta de la Ley era allí una apariencia de ingreso a la Ley. Y siempre aquella puerta de la Ley como único modo de entrada; ninguna otra vía posible.

La puerta de *Vor dem Gesetz* acaso pudo ser una puerta auténtica. Kafka contaba con el modelo de una puerta semejante, que en efecto existía: la Puerta del Emperador Matías, *Puerta Matías*. A través de ella se penetraba al primero de los patios del castillo de Pra-

ga. Allí también habría, previsiblemente, un guardia real muy bizarro, en imaginaria perpetua, ya casi adherido al muro donde se abría aquella puerta y parte misma de su fábrica, velando cerrar el paso a toda persona ajena al castillo, morada del emperador. Una puerta cancelada a extraños.

El centinela y la puerta *Vor dem Gesetz* no comparecen, sin embargo, con el centinela y la puerta del *Pražský hrad*. En Kafka está aquel centinela de la Ley, y está *Das Schloss*, y otro emperador, uno moribundo, que está asimismo tras una muralla, en proceso de construcción en China, y está igualmente un incontable número de patios cuya travesía no tiene límite. Pero celador, baluarte, soberano y arquitectura interior no comunican con la parte de «la realidad» sino como parábolas. Todos ellos son elementos de un relato donde la comprensión de lo real y su verdad se infieren en el sobrevuelo de la curva parabólica que los abarca. En *Vor dem Gesetz* los césares bohemos de la fortaleza praguense y su gendarme a la puerta están anticipados, adelantados; están, ciertamente, por delante la Ley. Son una metáfora que cuenta del Logos implícito, sobreentendido a la Ley.

* * *

Del Logos implícito, sobreentendido a la Ley, es lo que cuenta toda Exposición de Motivos en términos de pro-logos. Así, lo que está *delante de la Ley*, antes de ella, da cuenta —esto es, justifica— todo lo que está luego, más adelante. Pero esa prelación debería estar postergada; que el prólogo no fuera precedencia, sino que, pese a situado delante la Ley, fuese, a título de conclusión, su *epilogus*. Esta inversión del *ante* y el *post* es su fingimiento. Toda Exposición de Motivos, pues, porque es un prólogo, es igualmente una impostura. Ésta también lo es.

* * *

La metáfora del centinela y la puerta no se encuentra únicamente en el relato *Vor dem Gesetz*. Le antecede *La Liga de los Ancianos*, de Jack London, como precursor, siquiera en el sentido borgeano, aunque éste omita en su genealogía tal ascendiente. Y aún más, es decir, allende el mismo; el texto *Ante la Ley* es en este libro del

que hago aquí su Exposición de Motivos una puerta que, en adelante, además tanto sirve para entrar como para salir a otros textos posteriores, que están después: *La Ley*, de Julio Ortega; *Ley de fuga*, de Carlos Bastidas —reparo ahora si no también elegido por la *transformación* de Régulo—, o *El carcelero*, de Ronaldo Menéndez. Por último, en *La alegría y la Ley*, de Giuseppe Tomasi di Lampedusa, es la puerta que se cierra con desaire y de un sonoro golpazo. Creo, pues, que la elección textual de *Ante la Ley* tiene justificación autónoma e intrínseca, pero que, asimismo, la refuerzan textos ulteriores. Para entonces, aquéllos ya mencionados, que están en lugar posterior, consecutivo, alteran su presente posición en el antes del después, porque son intertextuales. Y toda intertextualidad es impostura. Como toda Exposición de Motivos, que por la relación que mantiene con el texto de la Ley pareciera contemporánea, y apenas anterior, siendo no obstante sucesiva y sobrepuesta.

* * *

De la Ley alberga más y diferentes textos, amén de los ya entresacados y aquellos otros a que se interpolan. El antólogo, como el traductor, no actúa en un vacío de sentido. La tarea del traductor es, por su método de trabajo, un sentido privilegiado de la lectura e igualmente una escritura en *paraigual*. La del antólogo quizá no sea tanto el resultado de su labor compiladora lo que haga promesa de sentido, como sobre todo las razones que le movieron a la recogida y colección de los textos que finalmente la integren. En la presente antología de cuentos *De la Ley* lo que acabó por tener más sentido fue, concretamente, comprometer —asimismo como arriesgar— con la interrogante *¿o será ficción?* elegida para subtítulo. Y luego que sean sus lectores quienes interpelen una respuesta para cada uno de los textos seleccionados y distingan qué incumbe a *la Ley de la ficción* y qué a *la ficción de la Ley*, e, igualmente, diferencien cuando la Ley se vuelve ficción de cuando la ficción se vuelve Ley, y también cuándo. Y será así, con ir leyendo en los textos *De la Ley*, que juzguen si son *ficción*. En ese momento habrán terminado de construir el sentido.

Mientras, y de cualquier manera, vengan desde ahora advertidos todos cuantos lean de que nunca han existido ficciones inocuas e inermes, ya se trate de la *invención* de textos ficcionales *de la Ley* o de la *invención* de la ficción textual *de la Ley*. Sirva el aviso, además, para lectores que vengan de leer por fuera de los textos legales.

* * *

Género y formato han sido cuestiones valoradas al disponer el repertorio que integra esta antología. Sus textos tienen una estructura cuanto menos similar y parecida hechura. Al género literario narrativo pertenecen la práctica totalidad de ellos, por más que también aparezca algún ejemplo en la categoría o modelo formal de la dramática —una pieza de micro-teatro— o el ensayismo, como en el pasaje acotado de uno de los estudios de crítica literaria e interpretación cultural escritos por W. H. Auden. En cuanto a la organización narrativa de los textos, ella es principalmente la del cuento, salvo para el pasaje extraído de la literatura de viajes —como en el africano al país de los bubis del Fernando Poo de José Mas— o un pequeño recorte muy en el comienzo de la novela de Musil *El hombre sin atributos*. La decisión de incorporar estas excepciones —que como tales debían ser reducidas en número— no impugna la regla mayoritaria. Ambos fragmentos poseen un marco discursivo bien determinado y genuina aptitud para una lectura autónoma, es decir, no subrogada a la historia de la que forman parte, ni dependientes del desarrollo y la variable contingencia de la misma. Es lo que sucede, con carácter canónico, en *Ante la Ley*, célebre apólogo de *Der Prozess* y tantas veces recogido y presentado como cuento.

En medir la dimensión de los relatos se puso buen cuidado. Y en punto al formato señalar que la opción preferida fue siempre reunir *short stories*, y en lo posible incluso de concisión sumaria, como ocurre con *Hoja suelta* de Kafka. Buscar y descubrir la brevedad ha sido intencional y deliberado. A más, toda circunstancia relativa a la corpulencia y el ropaje estilístico de los relatos habrá de ser por fuerza —seleccionados veinte de casi una cifra igual de autores— variable y diferente. Confiado en que ninguno de los textos carece de solidez para producir sentido que explique y dé a entender,

desde una óptica literaria, la diversidad de conflictos de legalidad y legalismo que en ellos cabe suscitar (Khalil Gibrán, Pi y Margall, Aub, Pardo Bazán, Azorín, J. R. Aldecoa, Papini, Machado de Assis o Lampedusa), las calidades del tejido con que cada uno se reviste son propias de su particular armadura textual al tratar los respectivos asuntos de sus tramas. Así, cubren la desnudez de los temas y problemas jurídicos en torno a la Ley en unas ocasiones con diseño severo y sobrio, en otras más suave y descomedido, a veces sencillo, más complejo otras. El registro de ironía cruel, con su carga de tragicidad, o de humor, naturalmente «humor negro», tampoco está ausente (*La ley de Herodes* o *Del seguro contra robo de autos*, de Ibar-güengoitia y Ubidia, respectivamente).

* * *

De la Ley congrega autores de varias geografías. Oriente próximo, Europa y América prestaron sus tradiciones literarias para arraigar el conjunto de escritores agrupados, destacando singularmente los del área iberoamericana (Perú, Colombia, México, Ecuador, Brasil y Cuba). Su nómina concreta figura al índice, que no se ordena por alfabeto o época —tocante toda a los siglos xix y xx—, sino mediante tópicos.

* * *

La antología que está pasada la puerta de esta Exposición de Motivos presenta algunos otros particulares.

Primeramente, no es una antología al uso, y la radicalidad de esta presunta arrogancia se justifica por la evidente prueba de una total falta de antologías literarias de la Ley o cualquiera otra noción o principio del Derecho. Serán escasas, y por lo general forasteras, aquellas que se le puedan comparar, y aun así sólo en parte. Del resto, ninguna de todas ellas me consta construida con recurso mínimamente competente que aproveche de la cultura literaria. Por tanto, ésta de hoy se postula como primicia, cuya novedad yo deseaba se hiciera pronto frecuencia y, en especial, continuidad. Tomar en serio la investigación y transmisión de las perspectivas «Derecho y Literatura» consiste en articular recíprocos envolvimientos jurídicos

cos y literarios. A esa implicación *iustliteraria* aspira lo que en otros trabajos he formulado como cultura literaria del Derecho. Esta antología instiga en esa dirección.

En segundo lugar, se trata de una antología activa; o sea, no simple acumulación de textos y mero producto de ella. Además del empeño e interés en que junto a cada texto se ofrezca al lector una sintética biografía de su autor —afán al que con tan ímprobo esfuerzo como parva utilidad he visto que a menudo se dedican las mejores energías hasta consumirlas sin dejar remanente alguno que invertir en ocupación más provechosa y positiva— se pone a disposición de los lectores noticia sobre obras de consulta y elencos bibliográficos, o sugerencias de comentario. La oferta de este material, que contiene fuentes literarias, jurídicas y referencia a estudios en «Derecho y Literatura», se dirige a suministrar herramientas de trabajo que puedan servir en el ejercicio académico docente y discente de formación en grado —ojalá lo fuera desde antes, ya en instrucción educativa preuniversitaria— en miras a ampliar lecturas e iniciarse en el quehacer de la investigación.

Finalmente, no es menos particular la premeditada apuesta por hacer accesible al lector interesado el original plurilingüe (inglés, alemán, portugués, italiano) de los textos elegidos, para lo cual la editorial redirige a su web https://www.marcialpons.es/static/pdf/dela_ley_originales.pdf (accesible directamente escaneando el código QR que aparece en la solapa de este volumen).

* * *

Y termino. El lector de esta *Exposición de Motivos*, impostura de puerta a la antología en cuya entrada no ha penetrado durante el tiempo que, en infinita espera, concedió a su desenlace, debe saber ahora que ella permaneció abierta sólo para él. Nadie más que tú, lector, podía entrar; una puerta únicamente a ti destinada.

Ahora se entorna, pues siempre fue realmente compuerta, y ya nada revelo con decir que fui yo su guardián.

Ich gehe jetzt und schließe ihn.

J. C. G.

ARS BENE LEGISLANDI

*Las leyes y la Ley**

Años atrás existía un poderoso rey muy sabio que deseaba redactar un conjunto de leyes para sus súbditos. Convocó a mil sabios pertenecientes a mil tribus diferentes y los hizo venir a su castillo para redactar las leyes.

Y ellos cumplieron con su trabajo.

Pero cuando las mil leyes escritas sobre pergamino fueron entregadas al rey, y luego de éste haberlas leído, su alma lloró amargamente, pues ignoraba que hubiera mil formas de crimen en su reino.

Entonces llamó al escriba y, con una sonrisa en los labios, él mismo dictó sus leyes. Y éstas no fueron más que siete.

Y los mil hombres sabios se retiraron enojados y regresaron a sus tribus con las leyes —que habían redactado—. Y cada tribu obedeció las leyes de sus hombres sabios.

Por ello es que poseen mil leyes aún en nuestros días. Es un gran país, pero tiene mil cárceles y las prisiones están llenas de mujeres y hombres, infractores de mil leyes.

Es realmente un gran país, pero ese pueblo descende de mil legisladores y de un solo rey sabio.

(1932)

Gibrán Khalil GIBRÁN (Bisharri, Líbano, 6 de enero de 1883-Nueva York, EEUU, 10 de abril de 1931)*

* Poeta, filósofo, novelista, ensayista y pintor. Fue su mentor el fotógrafo y editor Fred Holland Day, vinculado a la vanguardia. Estudió arte con Auguste Ro-

* Gibrán Khalil GIBRÁN, *El vagabundo. Ninfas del valle*, pról. y trad. de Mauro ARMIÑO, Madrid, EDAF, 1995, p. 55 [*The Wanderer: His Parables and His Sayings*, New York, Alfred A. Knopf, 1932, pp. 54-55].

din en París y más académicamente en Boston, donde inauguró su primera exposición en 1904. Toda su obra literaria, inicialmente en árabe, fue publicada en inglés a partir de 1918.

Bibliografía: Gibran Jalil GIBRAN, *La multitud. La justicia*, trad. de Moises Musa, *Studium*, I, 4 (febrero-marzo de 1927), pp. 348-349; Svetozar PANTUCEK, «Analysis of the parables of Gibran Khalil Gibran», *Quaderni di Studi Arabi*, I I (1993), pp. 139-146; Suheil BUSHRUI, Joe JENKINS y Kahlil GIBRAN, *Man and Poet. A New Biography*, Oxford, Oneworld Publications, 1998.

Lecturas recomendadas: Gaetano FILANGIERI, *Ciencia de la Legislación [1780-1783], escrita en italiano por el caballero..., traducida al castellano por D. Jaime Rubio, abogado de los Reales Consejos*, 6 vols., Madrid, Manuel González, 1787-1789; Jonh AUSTIN, *Sobre la utilidad del estudio de la jurisprudencia*, trad. de Felipe González Vicén, Madrid, IEP, 1951 (otra ed. en Madrid, CEC, 1981); María Carolina ROVIRA FLORES DE QUIÑONES, *Valor y función de las exposiciones de motivos en las normas jurídicas*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1972; Eugenio BULYGIN, «Teoría y técnica de la legislación» (1982), en Carlos E. ALCHOURRÓN y Eugenio BULYGIN (eds.), *Análisis lógico y Derecho*, pról. de Georg H. VON WRIGHT, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1991, pp. 409-425; GRETEL (GRUPO DE ESTUDIOS DE TÉCNICA LEGISLATIVA), *La forma de las leyes*, Barcelona, Bosch, 1986; Alessandro GULIANI y Nicola PICARDI (eds.), *Modelli di legislatore e scienza della legislazione*, Perugia, Ed. Scientifiche Italiane, 1987-1988 (t. I, *Filosofia e scienza della legislazione*; t. II, *Modelli storici e comparativi*; t. III, *La discussione contemporanea*) (en esp. Jerzy WRÓBLEWSKI, «The Rational Law-Maker: General Theory and Socialist Experience», pp. 49-77); Francisco Javier EZQUIAGA GANUZAS, «Concepto, valor normativo y función interpretativa de las exposiciones de motivos: los preámbulos», *Revista Vasca de Administración Pública*, 20 (1988), pp. 27-50; GRETEL, *Curso de técnica legislativa*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1989 (en esp. Miquel MARTÍN CASALS, «Preámbulo y disposiciones directivas», pp. 73-102); Jesús PRIETO DE PEDRO, *Lenguas, lenguaje y derecho*, pról. de Luciano PAREJO ALFONSO, Madrid, Civitas, 1991; Fernando SANTIOLALLA LÓPEZ, «Las exposiciones de motivos de las leyes: motivos para su eliminación», *Revista Española de Derecho Constitucional*, 33 (1991), pp. 47-64; Luis María DIEZ-PICAZO PONCE DE LEÓN, «Los preámbulos de las leyes (en torno a la motivación y la causa de las disposiciones normativas)», *Anuario de Derecho Civil*, XLV, 2 (1992), pp. 501-534, y «Los preámbulos de las leyes», en Ubaldo GÓMEZ ÁLVAREZ (coord.), *Estudios de Derecho público en homenaje a Ignacio de Otto*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1993, pp. 167-208; Vittorio ITALIA, *La fabbrica delle leggi: leggi speciali e leggi di principio*, Milano, Giuffrè, 1994; Virgilio ZAPATEIRO, «De la jurisprudencia a la legislación», *Doxa*, 15/16-II (1994), pp. 769-789; Jesús María CORONA FERRERO, José TUDELA ARANDA y Francesc PAU I VALL (coords.),

La técnica legislativa a debate, Madrid, Tecnos-AELPA (Asociación Española de Letrados de Parlamentarios), 1994; Alberto FIGUEROA LARAUDOGOITIA (coord.), *Los procesos de implementación de las normas jurídicas*, Vitoria, Instituto Vasco de Administración Pública, 1995; Fernando SAINZ MORENO, «Problemas actuales de la técnica normativa», *Anuario Jurídico de la Rioja*, I (1995), pp. 55-69; José CALVO GONZÁLEZ, «Los preámbulos y exposiciones de motivos como “prólogo” (narrativismo y producción legislativa)», en *ÍD.*, *Derecho y narración. Materiales para una teoría y crítica narrativista del Derecho*, Barcelona, Ariel, 1996, pp. 73-96; Liborio HIERRO, «El imperio de la ley y la crisis de la ley», *Doxa*, 19 (1996), pp. 287-308; Javier TAJADURA TEJADA, *El preámbulo constitucional*, Granada, Comares, 1997, y «Exposiciones de motivos y preámbulos», *Revista de las Cortes Generales*, 44 (1998), pp. 141-153; Marina GASCÓN ABELLÁN, «El imperio de la ley. Motivos para el desencanto», *Jueces para la Democracia*, 32 (julio de 1998), pp. 25-35; Paloma BIGLINO CAMPOS, «Vicios en el procedimiento legislativo», en VVAA, *Enciclopedia jurídica básica*, vol. 4, *Pro-zon-índices*, Madrid, Civitas, 1998, pp. 6847-6849; Manuel ATIENZA, *Contribución a una teoría de la legislación*, Madrid, Civitas, 1997; Jeremy BENTHAM, *Nomografía o El arte de redactar leyes*, ed. y est. prel. de Virgilio ZAPATERO («El arte ilustrado de legislar», pp. XVII-LXXXII), trad. de Cristina Pabón, Madrid, Boletín Oficial del Estado-Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2000; Juan Antonio GARCÍA AMADO, «Razón práctica y teoría de la legislación», *Derechos y libertades: Revista del Instituto Bartolomé de las Casas*, V, 9 (2000), pp. 299-318; Javier TAJADURA TEJADA, «Sobre los preámbulos de las leyes», *Revista jurídica de Navarra*, 29 (2000), pp. 173-182; Reyes RODRÍGUEZ, «Teoría de la legislación y nuevo institucionalismo», *Isonomía: Revista de Teoría y Filosofía del Derecho*, 13 (2000), pp. 191-204; COMISIÓN DE LAS COMUNIDADES EUROPEAS, *Simplificar y mejorar el marco regulador. Comunicación de la Comisión*, Bruselas, 5 de diciembre de 2001-COM (2001) 726 final (disponible en http://europa.eu.int/eur-lex/es/com/cnc/2001/com2001_0726es01.pdf); Javier TAJADURA TEJADA, «La función política de los preámbulos constitucionales», *Cuestiones Constitucionales: Revista mexicana de estudios constitucionales*, 5 (2001), pp. 236-263; John AUSTIN, *El objeto de la Jurisprudencia* (1832), trad. y est. prel. de Juan RAMÓN DE PÁRAMO, Madrid, CEC, 2002; Pedro CRUZ VILLALÓN, «Control de la calidad de la ley y calidad del control de la ley», en Aurelio MENÉNDEZ MENÉNDEZ (dir.), *La proliferación legislativa: un desafío para el Estado de Derecho*, Madrid, Thomson-Civitas, 2004, pp. 113-133; Juan Antonio RUIZ GARCÍA, «Técnica legislativa en Estados Unidos», en Aurelio MENÉNDEZ MENÉNDEZ (dir.), *La proliferación legislativa: un desafío para el Estado de Derecho*, Madrid, Thomson-Civitas, 2004, pp. 395-421; Javier TAJADURA TEJADA, «Concepto y valor de los preámbulos de las leyes», *La Ley: Revista jurídica española de doctrina, jurisprudencia y bibliografía*, 3 (2006), pp. 1886-1889; Luis Alberto MARCHILI, *Cómo legislar con sabiduría y elocuencia. El arte de legislar reconstruido a partir de la tradición retórica*, Buenos Aires, Dunken, 2009; James

HARRINGTON, *L'art de légiférer suivit de: Un système de politique*, trad., present. y notas de Bernard GRACIANNETTE, Bordeaux, Presses Universitaires de Bordeaux, 2010, y José CALVO GONZÁLEZ, «Recensión a Luis Alberto Marchili. Cómo legislar con sabiduría y elocuencia. El arte de legislar reconstruido a partir de la tradición retórica», *Rhetorica. A Journal of the History of Rhetoric*, XXX, 3 (2012), pp. 306-312.

LA SUPERIOR OBJETIVIDAD DE LA LEY

La Liga de los Ancianos *

En los cuarteles un hombre iba a ser condenado a muerte. Era hombre viejo, un nativo del río Whitefish, que desemboca en el Yukón, más abajo del lago Le Barge. Todo Dawson estaba pendiente del asunto, e igualmente los habitantes del Yukón en mil millas a la redonda. Era costumbre de los ladrones anglosajones, tanto de tierras como de aguas, imponer su ley a los pueblos conquistados, y frecuentemente esta ley era rigurosa. Pero en el caso de Imber, la ley parecía, por una vez en la vida, inadecuada y débil. En la naturaleza matemática de las cosas, la equidad no residía en qué castigo se le aplicase. El castigo era una conclusión predeterminada, no podía haber duda de ello, y aunque era la pena capital, Imber sólo tenía una vida, mientras que los cargos contra él se contaban por cientos.

De hecho, pesaba sobre sus manos la sangre de tanta gente que los crímenes atribuidos a él no permitían una enumeración precisa. Fumando una pipa junto al sendero o dormitando frente a la estufa, los hombres hacían estimaciones aproximadas de la gente que había perecido en sus manos. Todos habían sido blancos, esos hombres asesinados, y habían sido matados individualmente, por pares o en grupos. Y estas matanzas habían sido tan inútiles y sin sentido que durante mucho tiempo constituyeron un misterio para la policía montada, incluso en el tiempo de los capitanes, y también más

* Para la fijación del texto en la presente traducción se han tenido delante «La liga de los ancianos», en *El cuento norteamericano del siglo XIX*, trad. de Carlos Trías, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1977, pp. 161-180, y *La liga de los ancianos*, Santa Fe (Argentina), Librería El Cid Editor (col. «Carrascalejo de la Jara»), 2004, pp. 6-36 [Jack LONDON, «The League of the Old Men», en *Brandur Magazine*, I (Oct. 4, 1902), pp. 7-11; incluido en *Children of the Frost*, New York, Macmillan, 1902, pp. 231-261].

tarde, cuando se descubrieron los yacimientos y un gobernador vino desde el Dominio para hacer que la tierra pagase por su prosperidad.

Pero aún más misteriosa fue la llegada de Imber a Dawson para entregarse. Ocurrió al final de la primavera, cuando el Yukón gruñía y se retorcía bajo el hielo: el viejo indio trepó costosamente el terraplén, dejando atrás el sendero del río, y se detuvo en la calle principal. Los hombres que fueron testigos de su aparición afirmaron que estaba débil y tembloroso, y que se arrastró hasta un montón de troncos para chozas y se sentó. Allí estuvo sentado un día entero, contemplando, sin mover la cabeza, la incesante marea de blancos que fluía ante él. Muchas cabezas giraron curiosamente para encontrar su mirada, y se hizo más de una observación relativa al viejo *Siwash*, que tenía una fisonomía tan extraña. Innumerables hombres recordaron después que les había sorprendido su extraordinaria figura, y desde entonces se enorgullecían de saber discernir rápidamente lo excepcional.

Pero correspondió a Dickensen, al pequeño Dickensen, ser el héroe de la jornada. El pequeño Dickensen había llegado a la región con grandes sueños y unos cuantos ahorros, pero los sueños se habían desvanecido junto con los ahorros y para pagarse su pasaje de vuelta a los Estados Unidos había aceptado un trabajo subalterno en el negocio de cambio *Holbrook and Manson*. Al otro lado de la calle donde estaba la oficina de *Holbrook and Manson* se alzaba el montón de troncos sobre el que se había sentado Imber. Dickensen lo miró desde la ventana antes de ir a almorzar, y cuando volvió de almorzar miró de nuevo a través de la ventana y el viejo *Siwash* todavía estaba allí.

Dickensen siguió mirando a través de la ventana, y también él se enorgullecía a partir de entonces de su rápido discernimiento. Era un muchacho romántico y atribuyó la inmovilidad del viejo pagano al genio de la raza *Siwash*, que en otro tiempo había contemplado con ojos tranquilos las huestes del invasor sajón. Las horas transcurrían, pero Imber no variaba su postura ni movía un pelo los músculos de su cuerpo, y Dickensen recordó al hombre que un día permaneció sentado sobre un trineo en la calle principal, por don-

de transitaban los hombres en todas direcciones. Pensaban que el hombre estaba descansando, pero más tarde, cuando lo tocaron, lo hallaron rígido y frío, congelado hasta la muerte en medio de la calle concurrida. Para enderezarlo de modo que pudiera caber en un ataúd tuvieron que arrastrarlo hasta una hoguera y deshalarlo un poco. Dickens tembló al recordarlo.

Más tarde, Dickens salió a la calle para fumar un puro y tomar el aire, y un poco más tarde acertó a pasar por allí Emily Travis. Emily Travis era exquisita, delicada y extraña, y se vestía en Londres o Klondike como digna hija de un millonario ingeniero de minas. El pequeño Dickens depositó su cigarro en el borde exterior de una ventana, donde pudiera encontrarlo de nuevo, y se quitó el sombrero.

Conversaron durante unos diez minutos, hasta que Emily Travis, lanzando una mirada por encima del hombro de Dickens, emitió un pequeño chillido de terror. Dickens se dio vuelta para mirar y quedó a su vez sobrecogido. Imber había cruzado la calle y estaba allí, de pie, como una sombra de aspecto flaco y hambriento, con la mirada fija en la muchacha.

—¿Qué quieres? —preguntó el pequeño Dickens con resolución temblorosa.

Imber gruñó y observó a Emily Travis con mirada acechante. La contempló de arriba a abajo, amable y cuidadosamente, sin omitir una sola pulgada de su cuerpo. Parecía especialmente interesado en su pelo sedoso y marrón, y en el color de sus mejillas, pálidamente rosadas y suaves como la blanda floración de un ala de mariposa. Caminó a su alrededor, observándola con el ojo calculador de un hombre que estudia las líneas de un caballo o de una barca. En el transcurso de su circuito el lóbulo rosado de la oreja de la muchacha se interpuso entre sus ojos y el sol poniente, y se detuvo a contemplar aquella transparencia rosácea. Luego se colocó ante su rostro y contempló larga y resueltamente sus ojos azules. Gruñó y extendió una mano hasta tocar el brazo de la muchacha entre el hombro y el codo. Con la otra mano levantó su antebrazo y lo dobló hacia atrás. Desagrado y perplejidad se dibujaron en su rostro, y soltó el brazo de Emily con un

gruñido desdeñoso. Entonces murmuró unas cuantas sílabas guturales, dio la espalda a la muchacha y se dirigió a Dickens.

Dickens no pudo comprender lo que decía y Emily Travis se puso a reír. Imber giraba alternativamente hacia uno y hacia otro, con mirada torva, pero ambos sacudían sus cabezas. Estaba a punto de marcharse cuando Emily gritó:

—¡Oh, Jimmy! ¡Ven aquí!

Jimmy vino desde el otro lado de la calle. Era un indio grande y pesado vestido correctamente a la manera blanca, con un sombrero de rey de Eldorado en su cabeza. Conversó con Imber entrecortadamente, con espasmos en la garganta. Jimmy era un Sitkan y sólo poseía un conocimiento superficial de los dialectos del interior.

—Él ser un hombre *Whitefish* —dijo a Emily Travis—. Yo no conocer mucho su lengua. El querer ver jefe blanco.

—El gobernador —sugirió Dickens.

Jimmy conversó un poco más con el *Whitefish* y su rostro se tornó grave y desconcertado.

—Creo que él querer hablar a capitán Alexander —explicó—. Él decir haber matado hombres blancos, mujeres blancas, muchachos blancos, haber matado mucha gente blanca. Él querer morir.

—Me parece que está loco —dijo Dickens.

—¿Cómo llamas a eso? —inquirió Jimmy.

Dickens aplicó un dedo figurativo a su cabeza y le impartió un movimiento rotativo.

—Quizás, quizás —dijo Jimmy, volviéndose hacia Imber, que todavía pedía por el jefe de los hombres blancos.

Un policía montado (desmontado para el servicio en el Klondike) se unió al grupo y escuchó cómo Imber repetía su deseo. Era un individuo joven y fornido, de anchos hombros y pecho hundido, con las piernas bien formadas y muy separadas, y tan alto que, aunque Imber también lo era, le pasaba media cabeza. Sus ojos eran fríos, grises y firmes, y se comportaba con la confianza peculiar de un poder alimentado por la sangre y la tradición. Su espléndida masculinidad —era un simple chiquillo— y sus mejillas imberbes prometían sonrojarse tan prestamente como las mejillas de una doncella.